

18 ADULTOS

V CERTAMEN DE RELATOS CORTOS "LETRAS DE PINARES"

LOBOS

PSEUDÓNIMO: BELLIDO DOLFOS

CATEGORÍA: ADULTOS

El Corto se desvía hacia un camino muy intrincado por indicación de su copiloto. Las ruedas del todo terreno avanzan como una apisonadora a través de un sendero de tierra fina, minado con alguna que otra piedra, que ponen a prueba la estabilidad del pesado vehículo y la pericia de su conductor. El viaje se halla próximo a su fin, y ello le sirve de alivio, pues ya empieza a cansarse. Los constantes baches le hacen permanecer alerta al volante y ya no se cree capaz de mantener la concentración a una hora tan temprana. El sueño acumulado durante la semana no ha sido reparado aquella mañana de sábado como tiene por costumbre.

La niebla que les ha acompañado desde que salieron se disipa a medida que ascienden la ladera del monte Navazuelo, y ya en las proximidades de su cima, un sol que no se adivina desde abajo, ilumina parte del bosque. El aire es menos húmedo, pero una brisa cortante hace desapacible el ambiente.

- ¡Joder, qué frío! - Se queja Joseíto, que ha bajado la ventanilla para arrojar los restos de un cigarrillo.

- Lo que queda de camino lo haremos andando, así que ya puedes aparcar cuando quieras.- Aconseja Samper al Corto. Después, volviéndose hacia donde está su hijo, le interpela:

- Ya te dije que te abrigaras, te lo dije, coño. Te dije, esto no es Madrid, llévate ropa que arriba hace frío, pero tú como si nada. Ahora no te quejes... y no fumes, ya sabes que no me gusta.

Y Joseíto resopla resignado.

- Venga, Joseíto, coge la cesta y las mochilas, que ya hemos llegado. Presiento que hoy vamos a tener más suerte que la semana pasada.- Le anima el Corto. Una vez se ha bajado Joseíto, quedan Samper y el Corto en el interior del coche.

- Debes tener paciencia, Samper. Está en la edad; además, tú entonces ya fumabas.

- Sí, pero yo a su edad ya era un hombre, y trabajaba como un hombre; si quiere cigarrillos, que se los gane, joder. Ahora a estos chicos les das una mano y se toman el brazo entero... Bueno, vamos, que se nos hace tarde.

Al apearse del vehículo notan como latigazos las pequeñas ráfagas de viento helado que parecen buscar el mínimo hueco para colarse entre la ropa. Joseíto se entretiene arrojando piedras al fondo del barranco, quizá para ahogar su rabia o para entrar en calor. El Corto simula hacer un gran esfuerzo al saltar del vehículo, flexionando las rodillas, palpándose la barriga y exclamando un ¡yepa! con un buen humor, que contagia a los demás. Samper permanece quieto durante unos segundos mientras se consume entre sus labios un cigarro por pura inercia. Contempla entre el humo un bosque que le lleva inexorable a su infancia. No puede evitar un sentimiento de añoranza por un tiempo pasado al que ya no volverá, aunque tampoco parece dispuesto a recordar pasajes menos agradables y por los que aún se siente rehén en el presente. Las risas que oye a sus espaldas de su hijo Joseíto y del Corto, se funden en una sola, haciendo comprender a Samper que aquel bosque, aquellas montañas y aquel aire frío han logrado unir su pasado y su presente.

Aún a medio consumir, Samper apaga el cigarro, toma la cesta y la navaja, y se suma al grupo. Las lluvias de la semana anterior y un suelo alfombrado de hoja caduca recién caída es lo que necesitan para obtener una buena cosecha de setas. Y no tienen que adentrarse en exceso por el bosque escarpado de la montaña para darse cuenta de que aquél puede ser un día propicio. En poco tiempo llenan una cesta con setas de varias clases: de cabeza redondeada unas, aplastada otras, y con un anillo en su tronco las demás. Incluso han habilitado una bolsa para ir recogiendo también los hongos venenosos, no vayan a caer en manos incautas.

- ¡Mira ésta! - Exclama Joseíto con orgullo.

- Muy bien, ya sabes cómo cortarla. Venga, a la bolsa.- Dice el Corto.

Joseíto inclina su cuerpo hacia el suelo y corta por la base la seta venenosa que ha descubierto. Contempla su superficie lisa y brillante de vivos colores, preguntándose por qué la naturaleza permite que una criatura suya sea tan bella y tan mortal. Es ley de vida, le habían dicho en el colegio hace mucho tiempo: en el ciclo evolutivo, las especies más débiles dejan su sitio a las más fuertes, que no dudan en emplear cualquier método para imponerse sobre las demás. Después de tantos años, aquella respuesta aún sigue sin convencer a Joseíto.

- ¿Te gusta el cuchillo? Te lo doy, es tuyo.- Le dice el Corto al pensar que es el arma blanca lo que examina con tanta atención.

Joseíto mira entonces el cuchillo de monte entre sus manos. Resulta ligero a pesar de lo voluminoso del mango de madera de boj. La hoja ancha de acero refleja el sol tenue que se cuele a duras penas entre las ramas de los árboles.

- ¡Vaya, gracias, es precioso!

- Trátalo bien. Este cuchillo que ves ahora me ha acompañado en todas las cacerías desde hace quince años, casi tiene más años que tú, y corta hasta el hierro. Pues si no es por él... Una vez que salimos de caza, entonces vivíamos en las Navas del Marqués, tú aún no habías nacido, tiramos a un jabalí, pero sin saber que era un jabalí, creíamos que era un venado, no se veía nada, se había escondido entre la maleza el jodío, y al mover las ramas pensamos que eran sus cuernos. El caso es que le dimos porque ya no se movió, y al ir para allá tan confiados, nos encontramos al jabalí que nos estaba esperando, cabronazo, para atacarnos. Y en esto que nos paramos cuando estábamos a dos metros de él y sin esperarlo pega un salto, hay que ver cómo se las gastan cuando están heridos. Menos mal que me dio por coger el cuchillo que llevaba en el cinto, me lo puse así, delante, y él vino y se lo clavó. Joder, no he visto nunca tanta sangre junta...

Joseíto siente un escalofrío tras escuchar el testimonio del Corto. Contempla de nuevo el cuchillo cuan largo es, más de una cuarta.

- ¿Y se lo clavaste todo?

- Sí... Oye, ¿te gustaría venirte de caza con nosotros? Yo te enseñaría muchas cosas.

- Sí, mi padre ya me lo ha prometido si apruebo este año. Además, ya me ha enseñado a tirar, y dice que lo hago bien.

- ¡Qué jodío, se lo tenía callado! Toma un cigarro, ahora que no te ve tu padre.

Mientras Samper se dirige de nuevo al coche a depositar otra cesta repleta de hongos, Joseíto y el Corto se desvían a una parte de la montaña más escarpada y libre de árboles. Desde allí pueden contemplar la belleza abrupta y salvaje que ofrece la sierra en su cara norte. Allí la brisa se torna en viento. Ascienden penosamente hasta situarse en un risco desprovisto de protección. Al volverse hacia atrás, divisan la figura diminuta de Samper que parece acercarse a paso ligero agitando alarmado, los brazos. Y el Corto desde la distancia corresponde a lo que él supone es un saludo. Inconscientes del peligro, se aproximan todavía más al borde de la roca para vivir de cerca un sentimiento de libertad, ajenos al precipicio que puede abrirse a sus pies.

De pronto, la roca cede al peso de Joseíto y el Corto, arrastrando a ambos hasta el borde mismo de un enorme precipicio de caída libre de cien metros de desnivel. Logran, no obstante, agarrarse con habilidad a un tronco que también se han llevado por delante. Y allí quedan los dos, asidos fuertemente al tronco, uno a cada lado, en un equilibrio inverosímil, pisando el vacío. Ya no se atreven a moverse ni a pronunciar palabra. Tampoco prestan atención al dolor de sus heridas. Sólo escuchan el murmullo insistente del viento y los jadeos desesperados que exhalan por intentar aferrarse a la vida. También oyen las pisadas de alguien que se acerca hacia ellos pausadamente, arrastrando por la pendiente con cada pisada, un puñado de tierra y piedras.

- ¡Os habéis vuelto locos, carajo! ¿Qué hago yo ahora? - Se queja Samper al llegar al borde del precipicio.- ¿Es que no veáis que podáis caer? ¿Qué buscabais aquí? ¡Dios, Dios...!

- ¿Cuántas setas llevamos ya?,... un montón, ¿no?... Ya dije que sería un buen día.

Intenta animar el Corto, pero sólo consigue aumentar su propio cansancio.

- ¿Qué importa ahora eso? No hables, te vas a agotar. ¡Joder, Corto, joder! ¿Estáis bien? Ahora os sacaré de aquí.

- No podrás con los dos... Si coges a uno de nosotros..., el otro caerá por su peso... Vamos, no lo dudes,... y coge a tu hijo...

- Aguantad lo que podáis, subiré al coche, y pediré ayuda. Me acercaré a las Navas, sí eso haré.

- No seas tonto... cuando vuelvas ya habremos caído... de hacer algo, hay que hacerlo ya,... no podemos esperar.

Samper se vuelve a su hijo:

- Joseíto, ¿puedes aguantar?

- ¡Sí, papá, pero date prisa!

Samper se dispone a subir de nuevo por la pendiente hacia el coche, pero la voz del Corto le detiene. Se vuelve de nuevo hacia ellos. Ha decidido intentar salvarlos por su cuenta. Así que se inclina poco a poco hasta posar su cuerpo sobre el suelo y estira los brazos hacia ambos extremos del tronco.

- ¡Venga, si os acercáis al centro podréis agarraros a mis manos! Pero tenéis que hacerlo despacio y al mismo tiempo.

- ¡No, Joseíto, no te acerques... que nos caeremos todos!... Tu padre no va a poder con los dos... No insistas, Samper... hazme caso, coge a Joseíto... Es un buen chico, le he dado mi cuchillo de monte... será un buen cazador... ¿Te acuerdas cuando fuimos de

caza... por primera vez, hace treinta años? Yo maté dos libres y tres perdices... y tú te fuiste de vacío,... y te enfadaste tanto que tuve que regalarte mi cuchillo de caza, ja... ¿te acuerdas, eh, te acuerdas?...

El Corto se esfuerza en mantener el equilibrio mientras habla de caza, que es lo único que da sentido a su vida. A él consultan sus amigos qué perro se adapta mejor según el terreno y el tipo de caza. A todos da consejos sobre las zonas menos rastreadas, las más escondidas, las menos interesantes, cuáles son las mejores horas para encontrar a los jabalíes desprevenidos y a qué hora del día hay que abandonar cualquier intento por conseguir presas que se resisten. Él se ve como el patriarca que alecciona a su tribu, y ejerce ese papel con satisfacción orgullosa. Joseíto lo nota cada vez que el Corto habla de caza. Y ya no le es tan simpático cuando clisa los ojos, sonríe dulcemente y acompaña sus consejos paternos con suaves movimientos de manos, casi amanerados. No le gusta ese aire de superioridad del Corto, ni que su padre se achique ante él.

Joseíto observa el presente pero nadie le ha hablado del pasado. No sabe que en una fría mañana de febrero, cuando aún han de faltar muchos años para que nazca, una manada de lobos tiene acorralado a su padre. Samper jamás le ha contado a su hijo que en la otra vertiente de la sierra de Malagón, en que ha pasado su infancia, esa misma manada de lobos ha mermado su rebaño, y no conforme con ello amenaza ahora su propia vida. Joseíto tampoco puede sospechar que una figura tan rechoncha y amorfa, como la del Corto, pueda surgir de repente entre los matorrales y acabar a tiros con la pesadilla. Derrotado por la dureza de la vida en los montes, Samper emigra a la ciudad en busca de oportunidades. Aunque tal vez sea el convencimiento interior de estar en deuda permanente con el Corto lo que le lleva a seguir sus mismos pasos.

Allí cada uno vive su vida, pero siguen viéndose y tratándose como si fuesen hermanos. Por un acuerdo tácito de romper con el pasado jamás hablan del episodio de

los lobos. De algún modo, Samper busca ahogar los gritos de los fantasmas que lo atormentan. Pero la presencia permanente de su amigo no logra sino alzar sus voces, recordándole que el nexo de unión con el Corto sigue teniendo forma de lobo... y continúa aullando en sus oídos. De ahí su entrega e él; su mirada displicente cuando toma la palabra; su sonrisa cómplice, su asentimiento. Se establece una sintonía en la que nadie puede interferir. Joseíto tampoco es capaz de atravesar esa barrera, y se siente desplazado de su padre cada vez que el Corto hace acto de presencia. Él es consciente de que a pesar de sus esfuerzos no logra conectar con ellos. Y con ese convencimiento Joseíto continúa agarrado al tronco, cada vez con menos fuerzas.

Los ojos de Samper dejan escapar un par de lágrimas que le arranca el aire frío cortante de las alturas. Se pasa la manga por las mejillas para secarlas. Levanta la vista hacia el cielo, como pidiendo perdón por lo que va a hacer, pues ya ha tomado una decisión. Después alarga los dos brazos hacia uno de los extremos del tronco.

- Dame la mano, agárrate bien.- Dice Samper.

Unas manos exhaustas abandonan el tronco con desesperación, y se agarran a los brazos de Samper. El tronco se inclina entonces hacia el otro extremo haciendo caer también con él al Corto.

Samper abraza fuertemente a su hijo y cierra los ojos para no ver a su amigo agitándose en el vacío, cayendo irremisible al fondo del barranco y perdiéndose entre la niebla que cubre la parte más baja de la montaña, cincuenta metros más abajo. Pero no puede evitar, sin embargo, que el eco de su último grito llegue a sus oídos convertido en un aullido de lobo.